

*el distinguida Ciudad de  
la bella Lafinur*

*2. N°*

ALBERTO GUANI

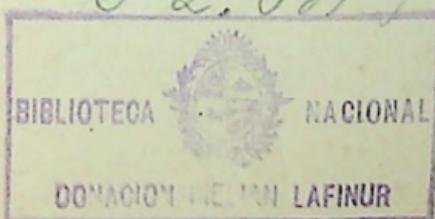
---

# La Patria Italiana

(Conferencia pública leída en el Ateneo de Montevideo la víspera del aniversario del XX de Setiembre).



52.847



1900

Imprenta de «El Siglo», 25 de Mayo núm. 58  
MONTEVIDEO

81.497

*Santos & Sanguineti*

La Patria Italiana

SEÑORAS, SEÑORES:

Dentro de muy pocas horas nuestro pueblo vá á confundir la alegre expansión de sus entusiasmos generosos con los representantes del pueblo italiano radicados en la República que devuelve con una hospitalidad sin límites y franca—con una amistad fraternal y cariñosa, la deuda histórica que todas las naciones civilizadas, y especialmente la nuestra, deben á la vida de aquel gran país que nos ha vigorizado con su ejemplo de gloria, de heroísmo, de nobleza y de amor por las elevadas manifestaciones del sentimiento—haciéndo fuerte nuestro espíritu nacional en la contemplación de sus luchas viriles,—socorriendo nuestro brazo en demanda de libertad con el brazo poderoso de uno de sus más grandes soldados, y forjando, á la vez, en el alma

popular los más fecundos ideales al calor de su Arte clásico de todas las épocas—hermoso santuario de una eterna luz de belleza que—como el penacho de fuego que arde en la cima del Vesubio—ha brillado deslumbrante, en toda la península bajo el palio protector del dulce cielo de Italia!

Hablemos pues de Italia en vísperas de una efeméride que representa la última página de un libro escrito con sangre de héroes y que simboliza en la historia de la humanidad uno de los hechos morales culminantes decretando la caída del poder de los papas y, con su caída, el triunfo de la idea política sobre la tradición católica—postrer vestigio del oscurantismo medioeval erguido hasta entonces, como un girón de sombra en un cuadro de luz, en medio á las manifestaciones opulentas y grandiosas de la civilización moderna!

Todos estamos acostumbrados, señores, á oír decir desde niños que en la campaña poética del Lacio, cerca de las riberas del Tiber, habitó en los tiempos primitivos una raza inteligente y fuerte que debía recojer y reflejar, al través de la virgen Europa, en las regiones desconocidas del mundo bárbaro, las espléndidas fulguraciones de la grandeza helénica.

Italia, desde los tiempos antiguos, tuvo en la incomparable magnificencia material de Roma, algo así como un lejano presagio de su grandeza futura,—porqué si el cetro del poder más vasto é inmenso corresponde al imperio de la que fué capital del mundo, el cetro de la Poesía, el centro del Arte, esas fuentes inagotables de progreso y de amor, no le ha sido arrebatado nunca, al través de las hondas conmociones de los siglos, á aquella península privilegiada—especie de arpa sonora reclinada en los mares azules y eternamente conmovida por las caricias eólicas del entusiasmo y de la inspiración!

Pero Italia sufrió también, durante los años sombrios que siguieron á la decadencia romana, el eclipse intenso, lleno de miserias y de ignorancias, que, como un manto negro de barbarie cubrió á la Europa en las primeras centurias de la era cristiana.

Cuando en los siglos XII y XIII surgió nuevamente á la actividad política, la vemos nacer ya como un cuerpo informe, dividida, territorialmente destrozada bajo la férula desquiciadora de la nobleza y condenada desde entonces á la superstición y al retroceso por el vínculo extraño con que sus diversas poblaciones se habían ligado moralmente: el Santo Imperio

Romano de Alemania que contribuyó á las dos grandes calamidades de toda la historia de Italia hasta los dias supremos de su independencia: el yugo execrable del extranjero hollando despiadadamente su suelo y la tiranía del sectarismo envenenando con sus ambiciones bastardas el alma vigorosa de la unidad—siempre latente y viva en la opinión popular de todas las épocas, pero cruelmente apriisionada—como un ave gigante entre los barrotes de una jaula—por la ciega opresión del fanatismo papal.

De esas mismas causas nacieron los ódios trágicos entre güelfos y gibelinos—inagotable fuente de venganzas y de rencores fratricidas que en la implacable saña de sus rivalidades encarnizadas llenaron de sangre y de dolor las calles apacibles de las ciudades florentinas.

A fines del siglo XIII cesó la lucha.—Todo parecía preparado para un resurgimiento explendoroso del pensamiento político nacional después de las explosiones de la idea que engendran la figura monumental y olímpica del Dante.

Aquella política nacional era el programa y la fé de todos los maestros clarividentes de la literatura de la época; pero el cosmopolitismo indiferente del poder teocrático había echado raices en el suelo

de los minúsculos estados italianos sembrando, en su provecho, los gérmenes disolventes de la anarquía: — Venecia, muellemente dormida, como una ninfa voluptuosa, sobre las ondas cristalinas del Adriático, era señora del Norte; — Nápoles bajo el Sol auspicioso de su clima, besadas sus playas doradas por los remansos de su golfo azul, reinaba en el Sur; — Milán, la República de Génova, los señoríos de Ferrara y de Urbino gemían bajo un régimen funesto de exacciones feudales; Florencia, coquetamente erguida en una colina de flores, languidecía sofocada por el despotismo sangriento de los Médicis; Roma, en fin, — la antigua Roma colossal de los Césares — había adquirido la ligera frivolidad teatral de su corte cardenalicia orgullosamente instalada en el centro de Italia como una barrera infranqueable de intransigencia religiosa que cortara en dos fracciones, sin soldadura posible, el cuerpo mutilado de aquel vasto escenario político!

En medio á esa confusión deplorable, sin brios el pueblo — la juventud sin ideales — los ciudadanos presa de un bizantinismo enervante, al llegar el siglo XVI las fértiles campañas italianas se inundan de tropas de todas las naciones. Las botas de los guerreros suizos, españoles, fran-

ceses y alemanes van dejando sus huellas destructoras en toda la extensión de la península desmembrada y enferma. El saqueo de Roma por la soldadesca desenfrenada de Carlos Quinto, es la más alta expresión de esta triste decadencia de una nación sin nervios, desencajada, sujeta de piés y manos, como una esclava del fanatismo sectario mudo ante las miseras y la ruina—indiferente y rígido ante el derrumbe estrepitoso de la Patria agonizante!

Así, oprimida Roma, oprimido el corazón de Italia por los horrores abominables de la Inquisición y por las intrigas disolventes de los Jesuitas la sangre de la unidad y de la independencia—la vida misma de la Nación fué paralizada durante el tránscurso de los siglos XVI y XVII. En las fronteras de aquel bello país, envilecido y corrupto, pudo entonces escribirse la frase melancólica del Dante: «Dejad toda esperanza los que entraís!»... Dejad, sí, toda esperanza de libertad oh! cantos patrióticos nacidos en los pechos llenos de fuego y de pasión como rayos vindicadores en medio á la borrasca—dejad toda esperanza de unidad política oh! poetas soñadores de quimeras que surgis en un mundo minado por la tradición y el egoísmo para desvanecerlos desoidos,

rápida y fugazmente, como se extingue la última palabra de amor entre los labios trémulos del moribundo!...

Pero la sombra, señores, no podía ser eterna. Y al soplo regenerador de las ideas liberales del principio de este siglo, el intenso crepúsculo italiano fuese aclarando poco á poco;—las tinieblas se disipan por todas partes á los primeros rayos úel Sol de la libertad de conciencia y de la dignidad cívica que se va haciendo un culto nuevo en el seno de las masas populares: Era la aurora de la independencia de un gran país que rompía sus cadenas y, al igual de la mañana radiante de primavera acompañada por el himno epítalámico de las aves que despiertan—Italia tuvo en aquella aurora de redención política y social el canto heráldico de sus poetas que, como Alfieri, anunciaron al mundo ellevantamiento enérgico de una raza y la resurrección maravillosa de un pueblo muerto y olvidado!

No extrañeis, señores, que os hable este lenguaje romántico por que estoy trazando á grandes rasgos la historia de una nación extraordinaria.

Si Esparta, para atenuar los dolores públicos despues de la derrota de Leuctres, ordenó á las madres aflijidas que en vez de llorar rieran, vestidas de fiesta, ante

los cadáveres ensangrentados de sus hijos muertos,—Italia, país de artistas y de valientes, en vísperas de su emancipación definitiva, se entregó á cantar sus miserias con Foscolo, Manzoni y Silvio Pellico —en medio á la tristeza infinita de aquellos días oscuros y enervantes. Pero más tarde cada poeta fué un soldado en las legiones piemontesas—cada soldado, un héroe—y cada héroe, señores, una figura inmortal en la historia legendaria de sus luchas inmortales!.....

El combate era desigual en 1830 cuando estalló la revolución de Julio, en Francia, que tan honda conmoción produjo entre los habitantes de la península,—el combate era desigual porque, acechados de una parte, como escribia entonces Cavour, por las bayonetas del Austria y de otra por las furiosas excomuniones del Papa, la condición política de aquel pueblo seguia siendo realmente deplorable. Cada ejercicio de la palabra libre—cada sentimiento generoso es juzgado como un sacrilegio ó se castiga como un crimen cometido contra el Estado.

Esto, no obstante, la ola revolucionaria avanza estrepitosa y avasalladora.—La juventud noble y amante exaltada de su tierra nativa, agrúpase al rededor de una figura poética, de un bello y fuerte varon,

joven tambien, de tez pálida oscurecida á trechos por la sombra de sus largos cabellos negros—ojos soñadores y melancólicos,—gesto, mirada y voz fascinadores, austero y respetable en sus costumbres y en cuyo corazon ardiente de veinticinco años el amor á la patria, profundo, intenso, vigoroso, habia ocupado el sitio de todas las otras grandes pasiones de la adolescencia: ese joven era el precursor nacional José Mazzini.—De su pensamiento potente salió armado el partido de la Jóven Italia, rodeado de una aureola fantástica de misticismo y demagogía á un tiempo, propicia para atraer y congregar á todos los revolucionarios intransigentes de la época.

La agitación reformista aumentaba en Nápoles, en Florencia, en Toscana, en Turín. De los cuatro puntos cardinales soplaban un viento vivificante y terrible de entusiasmo y de libertad.—Las provocaciones insolentes del poder austriaco produgeron en los preliminares de 1848 el dramático levantamiento de Milán y esa fué la chispa anunciadora del incendio, de la explosion soberbia de todos los santos odios contra los opresores de Italia.—El viejo grito de guerra: «¡fuera los bárbaros!» resonó glorioso en toda la península y como un arca sagrada de liber-

tad y de amor salvóse en medio al naufragio de la patria, sobre las montañas encarpadas del Piemonte, una constitución política amplia y democrática que sirvió de estandarte al ejército libertador del rey Carlos Alberto!

Desde entonces la guerra queda definida.—Los desastres sangrientos de Custoza y de Novara no fueron más que alternativas dolorosas de la rápida evolución de los sucesos históricos, definitivamente encauzados hacia la independencia y la unidad de Italia.—La idea emancipadora fué sostenida gallardamente y llevada á cabo de un modo admirable por el brazo fuerte de Victor Manuel—por el pensamiento sereno y genial de Camilo Cavour—y por el alma ardiente.....por el alma ardiente como la tradicional camisa roja de pelea de aquél héroe singular—encarnación viviente del patriotismo italiano—que se llamó José Garibaldi! Trinidad excepcional que en el equilibrio perfecto de sus esfuerzos parecía ser un don del cielo enviado á Italia para entreabrir las puertas del futuro y para arrancar del caos á aquella generosa nación, entregándola al mundo civilizado, libre y sin mácula, como un inmenso jardín cuya tierra iba á ser tan pródiga, bajo el imperio de la paz, en las manifestaciones más amplias

de la Belleza y del Progreso modernos, como pródigo lo había sido ya, bajo los azotes crueles de la guerra, en las enseñanzas más fecundas del heroísmo y del valor!

Dos adversarios implacables, sin embargo, el enemigo exterior y el enemigo interior representado por la corte clerical de Roma, iban á oponerse desesperadamente á la realización de las aspiraciones públicas.

En 1855, en medio á los peligros mayores de la patria, Austria y el Papado firman un tratado de alianza; pero esa victoria aparente de la táctica religiosa representaba, en el fondo, la más grande de sus derrotas: desde entonces toda la Italia liberal, una y compacta, agrupóse al rededor de Victor Manuel y del Piemonte, supremo símbolo de concordia cívica en la lucha á que se lanzaba el pueblo, sediento de libertad, en 1859.

Magenta y Solferino regaron con sangre de héroes la tierra fértil de la independencia: el árbol de la unidad nacional iba á brotar allí amparando bajo su sombra augusta el desarrollo de uno de los mas generosos estados contemporáneos.— En vísperas de la guerra, al terminar una sesión parlamentaria dijo Cavour: «Salgo de la última Cámara piemontesa: la próxima será la Cámara del reino de Italia».

Y los acontecimientos que siguieron á la paz de Villafranca transformaron en una realidad el presentimiento patriótico del gran Ministro.

Si la idea política había triunfado en la Italia del Norte faltaba aún hacerla carne en la Italia del Mediodia arrancando á diez millones de italianos de las garras de la tiranía borbónica primero y en seguida de la funesta dominación sacerdotal: este fué el pensamiento gigantesco de Garibaldi cuyo éxito quedó librado á la audacia maravillosa de su espíritu y á la inaudita temeridad de su brazo...

Mil hombres—mil hombres legendarios al grito profético de «Viva la unidad de Italia!» «Viva Victor Manuel!» desembarcaron en las playas meridionales de Marsala, entre las rocas inflamadas de Etna.—A las armas! pues, exclamó Garibaldi. Terminemos de un solo golpe nuestras miserias seculares! Probemos al mundo que es realmente sobre esta tierra de héroes que ha vivido la fuerte raza romana!

Y las victorias extraordinarias de Calatafimi y Castellamare no desmintieron la expléndida tradición histórica de aquellos gloriosos libertadores.—Pero esto solo fué el preludio de un drama mas vasto que debía desarrollarse en las pintorescas alturas napolitanas.—Garibaldi desembarca

en Calabria.—Su inmenso prestigio adquiere en aquel ambiente propicio para las exaltaciones románticas el influjo irresistible que los seres sobrehumanos ejercen en el corazón apasionado de las multitudes.—Garibaldi es un culto;—Garibaldi es un mago legendario;—Garibaldi es más aún: es una figura divina. Las mujeres sicilianas dicen que los ángeles protegen con sus alas blancas la tela invulnerable de su camisa roja...., y encienden á su paso, como en el altar bendito de las «madonnaś», los cirios de la devoción y de la fe ante la imagen, viril y fuerte, del vencedor de Volturino!...

Garibaldi se adueña de Nápoles y ahuyenta como por encanto, á la corte timorata de Francisco II. Desde ese día la Italia meridional pudo considerarse libre y el encuentro de Víctor Manuel con el glorioso dictador del Sur, entre los aplausos frenéticos de la muchedumbre alborozada, es el símbolo auspicioso de la Unidad y de la Independencia de la patria proclamadas á la faz de las naciones libres de la tierra.—El pabellón tricolor, triunfante desde los Alpes nevados hasta los valles floridos de Sorrento, vino á confundir sus pliegues inmortales con todas las demás banderas europeas á cuya sombra nacen y florecen hoy las más brillantes manifes-

taciones de la civilización contemporánea.

El programa de Garibaldi solo se había realizado en parte. Italia estaba unida; Italia tenía un Rey: necesitaba ahora una capital.

La contra-revolución católica iniciada en 1861, guerra oscura, llena de sangrientas emboscadas, protejida por la Santa Sede para procurar la restauración borbónica, hizo más uniforme el grito prolongado que resonaba desde tiempo atrás en toda la península, desde el Piemonte hasta el faro de Messina: «A Roma!» «A Roma!»... No pudo permanecer indiferente á estas vivísimas aspiraciones populares el patriota solitario de Caprera, y la campaña febril que termina dolorosamente en Aspromonte tampoco arrancó de la mente soñadora de Garibaldi la obsesión de toda su vida de guerrero: La Roma del porvenir, segun sus propias palabras, que jamás había desesperado de ver—náufrago, moribundo, olvidado en el fondo de los bosques americanos—la Roma de la idea regeneratriz de un gran pueblo;—Roma para mi es Italia, decía el vencedor de Caserta Vecchia, y no veo á Italia posible sinó con la union compacta de todos sus miembros esparcidos. Roma es el símbolo de la Italia una, y la obra mas infernal del papado

ha sido tenerla siempre moral y materialmente dividida.

Venecia acababa de ser diplomáticamente reincorporada al Reino. Al traves de los años la visión gloriosa de Manín se había cumplido. Solo faltaba cumplir la de Garibaldi.

Entre tanto el Papado recrudecía sus ataques contra los conquistas políticas alcanzadas. Soberbiamente envuelto en su arrogante misticismo, en medio á la efervescencia inmensa de la marea popular que amenazaba dominarlo para siempre empezó á lanzar, desde el Vaticano, verdaderos desafíos á la Italia unida y compácta.

Víctor Manuel, quiso evitar el conflicto —prevenir el derramamiento de sangre inocente y tendió la mano al Pontífice en nombre de la Religión y de la Patria; pero encontró en la rígida inflexibilidad teocrática una barrera de hielo opuesta á la magnánima generosidad de sus aspiraciones.

La efeméride de mañana, el 20 de Setiembre, es el coronamiento decisivo de la inmensa obra revolucionaria realizada por la Italia moderna; abierta la puerta Pía—flameó al poco rato la bandera blanca de parlamento sobre el castillo de San Angel—y ese pequeño pabellón de

paz, ondulante en los aires, anunció á la humanidad, desde las radiosas alturas de Roma, el fin tranquilo de una lucha secular:—el poder temporal de los papas abandonaba la mansión misteriosa del Vaticano para que el órden social y la libertad política fueran tutelados, en adelante, desde las gradas civiles del Quirinal.—Esta es la fecha que nos preparamos á solemnizar.

Sean cuales fueren las opiniones filosóficas de los que me escuchan nadie podrá negar que ella debe considerarse como un progreso universal, como la exacta ubicación moral del poder católico en el terreno de la Religión.—Para nada necesitan los «pastores de almas» fuerza material, ni rentas fiscales, ni influjo político. Su misión está fuera del reino de la tierra y á ella deben concretarse por medio de la propaganda, del culto, de la convicción. En este sentido, señores, vale más la humildad, la resignación, la predica noble y tranquila de las doctrinas de Cristo que todo el poder material que se ha esforzado en conservar, hiriendo los destinos felices de un pueblo que deseaba vivir, una corte extraviada de fanáticos y de intransigentes.—Antes que el corazón lleno de odios políticos y el alma repleta de ambiciones de los anti-

guos pontífices omnipotentes, sugestiona mucho más á las conciencias y al espíritu religioso la figura simple y cándida forjada por Bourget en las páginas de «Cosmópolis», que nos muestra á Leon XIII errante paso á paso, en los jardines del Vaticano inclinado sobre una rosa para respirar modestamente su perfume. Desde ese solio de dulce influencia espiritual somos los primeros en reconocer que las religiones, sinceramente entendidas y prudentemente practicadas, son un factor importante en la orientación histórica y en el progreso moral de las naciones.

Señores:

Los Orientales que vamos á asociarnos á la gran fiesta nacional de Italia—que es á la vez una fiesta del libre-pensamiento y de la humanidad contemporánea—lamentamos desde el fondo del alma, que el regocijo público tenga que ser, ésta vez, necesariamente nublado por las lágrimas de duelo y de aflicción que aún vierte el pueblo ante la tumba del rey Humberto, vilmente arrebatado por uno de los crímenes más cobardes del siglo, cuando

esforzábase por cumplir el programa liberal de sus mayores y la tradicion gloriosa de su estirpe.—Mueren los reyes, se van los hombres; pero las instituciones no morirán nunca en los pueblos valerosos formados en el fuerte connubio de gobernantes y gobernados, y sacudidos todavía por el recuerdo palpitante de sus grandes luchas por la independencia.

El profundo amor á la libertad que en todas sus más amplias manifestaciones, caracteriza la historia de la patria italiana, va á obtener entre nosotros su consagración monumental en la estatua que la gratitud uruguaya ha decretado á la memoria del general Garibaldi: Y al pié de esa misma estatua—ceñuda, la frente del héroe—altiva, la mirada que paseó por nuestras colinas y por nuestros ríos, ayudándonos á descubrir horizontes sin sombra de oprobiosos despotismos, ni sangre de nefandadas tiranías,—al pié de esa estatua, repito, cubierto el cuerpo del guerrero de San Antonio por el poncho inmortal de nuestros gauchos simbolo rudo de la compenetracion de nuestros anhelos democráticos,—permanezcan unidas las dos naciones por el vinculo fraternal de las causas santas—que nuestros brazos y nuestros corazones, como se confundieron una vez dentro de los muros de Montevideo defen-

diendo las libertades públicas del Rio de la Plata, volverán á confundirse siempre que así nos lo demande la redención del ideal esclavizado ó el dolor de los pueblos oprimidos!

He dicho.

